

dir a sus compañeros valor y confianza, haciéndolos disuadir de la aterradora idea de su fatal designio.

Desesperada nuevamente la tripulación ante el engaño de no ver cumplidas las halagadoras esperanzas que días antes les había ofrecido la aparición de yerbas y plantas, indicios todos de que la tierra no se hallaba lejos concebida para con Colón, la criminal idea de echar sobre sus hombros el peso del delito, si no le regresaba a España.

Tres años fue la promesa, con que el marino Gomez salvando su existencia, conjuro la nueva angustiosa situación, si dentro de ellos, no era divisada la tierra que buscaban.

Una muy espesa neblina por tiempos redujo al horizonte del Océano que surcaban, pero al rayar el día del 12 de Octubre de ese mismo año y precedido por el grito aclamador de "tierra", que después de media noche resonó entusiasta en las naves de la expedición, más amplio e infinito fue para el alma de los tripulantes del horizonte que a sus ojos se había estrechado cada instante.

Ya no una visión fantástica, una efímera creación, sino una hermosa costa cubierta de frondosos árboles y poblada de habitantes indígenas, fue la que ofreciéndose a su vista, cumplió el objeto que causara había sido de tan constantes desvelos, de tan bellas esperanzas, de tan bellas esperanzas, de tan vehementes votos y deseos. Ya allí la brisa de la agreste selva gozosa acariciaba el pabellón Ibero. Ya el pedazo de tierra cuya ausencia estrañaba en sus cartas el geógrafo marino era un soberbio diadante más que se engarzaba en la regia

corona de Castilla y Aragón. Ya el poder soberano del España sentaba sus Reales en el suelo cuyo nombre, revestido con las insignias de su autoridad y con el peso de la gloria, clavo Colón su espada para la legítima posesión del la tierra que llamé San Salvador.

Sensiblemente conmovidos ante la majestad de aquel espectáculo, los compañeros del marino cayeron de rodillas pidiéndole perdón por las angustias y murmuraciones de que lo habían hecho víctima.

Colocada allí una Cruz y prosternados ante ella, con fervorosa devoción se rindieron en la misa cánticos de alabanza, tributos de gracia al Supremo Redentor.

Si imponente la majestad del acto alcanzó a ser para sus mismos ejecutores acostumbrados a su sencillez, no menos podían sorprenderse de los naturales habitantes a quienes dominaba la idea de que aquellos sus visitantes eran de muy distinta y sagrada predestinación.

Si bien es cierto que la aureola de la gloria con que el sublime acontecimiento bañó de luz la última jag del celebre marino, no había de formar la última página de su brillante historia, tampoco las decepciones sufridas en pos de ella, ni los verámenes de su tirano Robadilla fueron la última copa de amarga libada en la existencia de ese apóstol de la civilización.

Inconveniencia humana, aquel hombre a quien el peso de la gloria recompensándolo parecía agobiar en el Calvario de la ingratitude agobiaba su alma y nuevos desencantos la habían de torturar, aun le estaban reservados, por apotegma del destino, mayores quites.